

LAS FERIAS DE SAN LUCAS

Por Aquilino Iglesia Alvariño

SE acaban de celebrar en Mondoñedo las ferias de San Lucas. As Sanlucas son tres días de feria de ganado mulas y caballar. Tres días de mucha gente, de mucha mocedad y mucha alegría por las calles, a "cunca de Mondoñedo", como le llaman en la Corda a Mondoñedo, fué un día capital de provincia, como Santiago, Betanzos y Túa, cuando Galicia tenía siete provincias como siete estrellas. Mucho antes había encontrado asiento allí, como sede obispal, la Dumio errante de San Martín. Y en medio del valle, entre una rueda de montes, se irguió señora la catedral. Ningún monasterio le hizo sombra. Sólo una corona de capillas blancas le hacían la vela desde lejos. Franciscanos y Dominicos no irguieron tampoco las lanzas de sus ábsidas, presentes aún en la mayoría de las ciudades gallegas. Y los señores del XVIII, si llegaron a hacer algún que otro pazo, lo labraron en el estilo de sus casas labriegas de la Montaña.

De aquí resultó que Mondoñedo fué entre las ciudades gallegas, y sigue aún siéndolo, una noble catedral en medio de una aldea labriega de grandes huertas y un silencio de siglos medidos por la Paula, la campana grande de la catedral. Sin las luchas características entre Cabildo y Concejo, en que crecieron las demás ciudades episcopales de Galicia, no logró nunca el equilibrio de los poderes, ni la alegría de plazas y pazos, e iglesias populares, fuentes y arcadas de las villas de la beiramar, hervorosas de oficios, gremios y cofradías. Labriegos y gente de curia fueron la norma y el canon. En medio, una que otra alma señora y temblorosa, como la luz pequeñita del cristo de Flouco, que cantó Noriega Varela, velando la noche larga de lobos y nieve.

Hubo un momento en el XVIII en que el genio de Sarmento y Sotomayor pareció haber hallado la forma de noble monumentalidad que Mondoñedo requería. Pero no. Sus obras permanecieron aisladas, sin posibilidad de incorporación a la ciudad, como recuerdos señeros de aquella alma, que lo era en alto grado.

El sino labriego de Mondoñedo tenía que cumplirse. Y hoy las

huertas del Sisto y Pelourin van poco a poco ganando las rúas, que se retiran al viejo corazón de la ciudad.

¡Qué vida tan verdadera en cambio la de Mondoñedo en estos días de Ferias Mayores! Como si le restituyeran el alma, antigua y joven.

Mondoñedo hay que conocerlo en las Sanlucas, con el Campo de los Remedios lleno de relinchos, con las calles sonoras de zuecas tres días y tres noches, con la catedral llena de paisanos oyendo la misa de amanecida, como en una isla de silencio y campanillas de plata. Y, luego, a la noche, con la mocedad labriega columpiando cantares de los Remedios a San Lázaro y los Molinos.

Y no hablemos de lo que era no hace muchos años la llegada de greas da Corda. Manadas de caballitos peludos y pequeños, jibaros y encabritados, hoy casi desaparecidos, criados en la sierra desde Cadabedo al Cadramón.

Nunca supieron de frenos de plata de hidalgos y arciprestes. Uncidos entre varas, tiraron de los carros moinantes de la tierra, feos, jibaros y duros caballos de las Ferias de San Lucas.

El día 19 y 20 Mondoñedo va subir por el Camino Nuevo y Folgueira Rasa la fila pausada de labriegos. Con ellos se va la alegría y el ruido de las ferias.

Queda el silencio. Un silencio de tejados negros de pizarras y musgo. Un silencio verde de prados y huertas. ¡Dios qué silencio! No es el silencio dorado de parrales y pazos deshabitados de Cambados, ponga por caso, de dulce silencio, acunado de ondas, gracioso y alegre como una concha de vieira. No, no es ese. Navéganlo, sin embargo, dulces sombras de recordación a míga, obispos llenos de caridad, almas armoniosas de músicos y poetas, almas sencillas de profesores viejos del Seminario de Sta. Catalina de Alejandria y humildes capellanes de Coro, de seminaristas blancos como cirios, consumidos de fiebre a los 20 años, de monjitas encaustradas en las Concepcionistas, de organistas, maestros de capilla y campaneros. ¡Qué silencio el de Mondoñedo!